

Pintura simbolista en colecciones privadas vizcaínas

(Symbolist painting in private Biskaiian collections)

Paliza Monduate, Maite

Univ. de Salamanca. Fac. de Geografía e Historia
Cervantes, 3. 37009 Salamanca

BIBLID [1137-4403 (2004), 23; 591-597]

Recep.: 28.11.03

Acep.: 14.01.04

El fenómeno del coleccionismo de arte alcanzó un gran desarrollo en la Edad Contemporánea, de la mano del ascenso social de la clase burguesa. En la ciudad de Bilbao esta circunstancia tuvo una gran trascendencia en torno a 1900, de manera que la nómina de coleccionistas fue notable. Uno de ellos fue el industrial Faustino Jáuregui, quien entre otras obras reunió magníficos lienzos de los pintores catalanes de entre siglos como Enrique Serra Auqué.

Palabras Clave: Coleccionismo de pintura. Faustino Jáuregui. Pintura simbolista. Roma. Enrique Serra. Domingo Talarn.

Artearen bildumazaletasuna nabarmenkiro garatu zen Aro Garaikidean, burgesiaren gizarte goraldiarekin batera. Fenomeno horrek garrantzi handia izan zuen Bilbo hirian 1900 urte inguruan, halako eran non bildumazaleen zerrenda handia gertatu zen. Faustino Jáuregui industrialia izan zen horietako bat, besteak beste mende bitarteko margolari katalanen obra bikainak bildu zituen, hala nola Enrique Serra Auquérenak.

Giltza-Hitzak: Pintura bildumazaletasuna. Faustino Jáuregui. Pintura sinbolista. Erroma. Enrique Serra. Domingo Talarn.

Le phénomène du collectionnisme d'art atteint un grand développement dans les Temps Modernes, grâce à la progression sociale de la classe bourgeoise. Dans la ville de Bilbao cette circonstance eut une grande transcendance aux alentours de 1900, ce qui fit que la liste des collectionneurs fut notable. L'un d'eux fut l'industriel Faustino Jáuregui qui, entre autres œuvres, réunit de magnifiques toiles des peintres catalans d'entre deux siècles tel que Enrique Serra Auqué.

Mots Clés: Collectionnisme de peinture. Faustino Jáuregui. Peinture symboliste. Rome. Enrique Serra. Domingo Talarn.

El fenómeno del coleccionismo de arte, antaño reservado a una élite minoritaria y privilegiada desde muchos puntos de vista, alcanzó una gran expansión en la Edad Contemporánea, proceso que fue parejo al desarrollo y ascenso social de la burguesía. Esta situación había tenido un claro precedente en Holanda en el siglo XVII, precisamente coincidiendo con la instauración de una estructura social eminentemente burguesa.

Dentro del crecimiento y desarrollo experimentado por la villa de Bilbao a finales del siglo XIX y principios del XX, que, como es sabido, coincidió con un extraordinario auge industrial y comercial, auspiciado por una amplia clase burguesa, también hubo un notable florecimiento en el mundo de las artes y las letras. En el campo concreto que nos atañe en esta ocasión, ésto coincidió con la celebración cada vez más frecuente de exposiciones de arte de distinta naturaleza, así como con la creación de las primeras asociaciones de artistas vascos. Todo ello favoreció la generalización del fenómeno del coleccionismo de obras artísticas¹.

En este contexto se enmarca la fundación en 1908 del Museo de Bellas Artes de Bilbao, que fue factible en buena medida gracias a la importancia que por entonces había alcanzado el coleccionismo en la villa, ya que en origen los fondos de la pinacoteca estaban formados por las aportaciones hechas tanto por las instituciones públicas (Ayuntamiento de Bilbao y Diputación de Vizcaya) como por diversos particulares, entre los que destacan Laureano de Jado y Antonio Plasencia. De alguna manera, la propia colección de esta pinacoteca es una prueba fehaciente de la transcendencia alcanzada por el coleccionismo de arte en la ciudad del Nervión en torno a 1900.

Aparte de nombres destacadísimos, como los arriba indicados, hubo una larguísima nómina de bilbaínos, que de distinta manera se interesaron por el mundo del arte con la adquisición de todo tipo de obras. Uno de ellos fue Faustino Jáuregui Eraso, natural de Bilbao, quien era un industrial propietario de una fábrica de sacos radicada en el municipio alavés de Amurrio. Su residencia estaba en el nº 8 de la bilbaína calle Ibáñez de Bilbao. Aficionado a la pintura adquirió a lo largo de su vida una pequeña colección de pintura contemporánea –hoy repartida entre sus descendientes–, compuesta por cuadros con escenas costumbristas o de paisaje tanto de maestros catalanes como vascos. Normalmente, el empresario compraba estas obras en exposiciones o en alguno de sus viajes². Entre estos lienzos destacan por su notable calidad dos firmados por el pintor Enrique Serra Auqué, objeto de nuestra atención en esta ocasión.

1. Sobre el coleccionismo de arte en Bilbao en esta época vid. MUR PASTOR, P: "Coleccionismo privado y mecenazgo en el Bilbao de principios del siglo XX". En: VV.AA.: *Bilbao, arte e historia*. (Tomo II). Diputación Foral de Bizkaia. Bilbao, 1990, pág. 155.

2. Testimonio de Dña. Begoña Jáuregui, a quien desde estas líneas agradezco su inestimable colaboración.

Serra había nacido en Barcelona en 1859. Perteneciente a una familia humilde, estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Ciudad Condal, donde tuvo por maestros al escultor Domingo Talarn y al pintor Ramón Martí Alsina³ y donde mostró tempranamente dotes para la pintura, que no pasaron desapercibidas para algunos de sus profesores como el citado Talarn, gracias a cuya mediación el Marqués de Castellvell le sufragó una estancia en Roma. Ésta era una de las metas más ansiadas por los artistas españoles de la época, que encontraban allí un buen caldo de cultivo para renovar sus lenguajes artísticos, tanto en lo referente a la técnica como incluso en la temática. Antes de su partida hacia la ciudad del Tíber, presentó una *Alegoría de la Paz* al concurso convocado por la Diputación de Barcelona en 1877⁴. En 1878 Serra llegó a la Ciudad Eterna, que sería su lugar de residencia habitual hasta su fallecimiento en este mismo lugar en 1918, aunque realizó numerosos viajes a Cataluña y París. En concreto, en 1880 problemas de salud motivaron su regreso a España, aunque un año más tarde volvió a la capital italiana⁵. Desde allí envió con regularidad lienzos de los asuntos que pintaba en Italia, esencialmente tipos populares y escenas orientalizantes, aparte de algunas temas religiosos y algún retrato. No obstante, con el tiempo destacó sobremanera en la realización de paisajes de la campiña italiana, entre los que alcanzaron renombre los que representaban las Lagunas Pontinas⁶, serie a la que corresponden los dos magníficos lienzos –hasta ahora inéditos–, que damos a conocer en estas páginas. Asimismo, numerosos dibujos suyos aparecieron en diversas publicaciones periódicas de Barcelona y Madrid⁷.

Su establecimiento en Italia no fue óbice para que tempranamente Serra recibiera reconocimientos en la tierra de origen, ya que en 1883 obtuvo la medalla de perfección en la Exposición de Vilanova i la Geltrú⁸. Seis años más tarde, consiguió medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona y en 1895 alcanzó una tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes, celebrada en Madrid⁹.

La obra de Serra revela su enorme facilidad para la pintura, en la que a veces hace gala de una técnica deshinchada, que recuerda a Fortuny, mientras que en otras aflora una firme apoyatura en el dibujo unida a un gran dominio del color, que con frecuencia es sumamente efectista. A este último

3. VV.AA.: *Diccionario de pintores y escultores españoles del siglo XX*. Tomo XIII. Forum Artis. Madrid, 1994, pág. 4000.

4. OSSORIO Y BERNARD, M.: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Imprenta de Moreno y Rojas. Madrid, 1883-1884, págs. 638-639.

5. *Ibidem*.

6. VV.AA.: *Diccionario de pintores y escultores españoles ...*, pág. 4000.

7. OSSORIO Y BERNARD, M.: Op. cit., pág. 639

8. *Ibidem*.

9. VV.AA.: *Diccionario de pintores y escultores españoles...*, pág. 4000.

apartado corresponden los dos lienzos de la colección de Faustino Jáuregui que estudiamos en esta comunicación. Probablemente fueron adquiridos por el industrial vasco en alguno de los frecuentes viajes que realizaba a Barcelona con motivo de gestiones, relacionadas con la fábrica, de la que era propietario, ya que tenemos conocimiento de que Serra expuso con regularidad en la Sala Parés y que en 1917 lo hizo en las Galerías Layetanas¹⁰.



Enrique Serra. *Ar Impera*. (Óleo sobre lienzo, 55 cm x 108 cm, firmado Enrique Serra en el ángulo inferior izquierdo).

Uno de los lienzos, que lleva por título *Ar Impera* (55 cm x 108 cm, firmado Enrique Serra en el ángulo inferior izquierdo) es un óleo, que representa una escena de atardecer en un rincón lacustre. De acuerdo con una composición bastante repetida en los paisajes del artista catalán, en primer término aparece a la izquierda un bloque de rocas de formas cuasi geométricas, donde en letras mayúsculas se lee la inscripción que da nombre a la obra, y a la derecha un juncal. Entre ambos elementos circula el agua, que, de este modo, da idea de profundidad, mientras que al fondo una hilera de álamos y juncos establece una rígida línea horizontal, que divide el cuadro en dos partes. A destacar la gran habilidad a la hora de reflejar las sombras de los árboles y las masas pétreas en el agua, así como el virtuosismo en el manejo del color, ya que, aparte de las tonalidades verduscas de la vegetación y las parduscas del roquedo, conviene destacar las naranjas-rojizas que al impregnar el celaje, de una parte, delatan el momento del día al que corresponde la escena y, de otra, aportan un halo un tanto espectral y mágico que consigue trascender. Asimismo, en primer término Serra desplegó una técnica bastante lineal, aunque unida al virtuosismo en el manejo color, mientras que el fondo está configurado por formas más abocetadas.

10. *Ibidem*.



Enrique Serra. Detalle del lienzo *Ar Impera*.

El otro cuadro (70 cm x 110 cm, firmado Enrique Serra en el ángulo inferior derecho) también es un óleo, que en este caso representa una escena de amanecer. Pese a tener mayores dimensiones que el lienzo anterior, repite la pauta habitual en la obra del maestro catalán a la hora de pintar escenarios lacustres, ya que el primer término está ocupado por una masa pétrea, que en este caso está ubicada en la parte derecha del lienzo, mientras que la izquierda está presidida por unos hierbajos y unas flores de tonalidad lilácea. Las típicas aguas en remanso, consustanciales a esta parcela de la obra del



Enrique Serra. Paisaje de amanecer.

artista barcelonés, llenan el espacio entre ambos elementos, mientras que en esta ocasión una densa masa arbórea, que apenas si permite la visión del celaje, marca una decidida línea horizontal en el fondo de la obra.

Las tonalidades dominantes son las azules y blanquecinas, correspondientes a un cielo nuboso de un día, que ha despuntado poco antes, y las verdes de una frondosa vegetación, que pone de manifiesto la jugosidad propia de una zona húmeda. La técnica repite lo visto en el ejemplo anterior con el despliegue de una evidente apoyatura en la línea en los primeros términos, frente a la factura marcadamente suelta, dominante en los fondos.



Enrique Serra. Detalle de Paisaje de amanecer.

Si en el caso del lienzo *Ar Impera* el elemento focal lo constituía la inscripción, ahora es el grupo de la Virgen con el Niño, pintado sobre una roca trabajada a modo de edículo, que preside el bloque pétreo del primer término, el que se revela como protagonista. Esta imagen está iluminada por la luz rojiza proveniente de un farol dispuesto en su parte delantera, que está rodeado por sencillas macetas con flores blancas.

Frente a la luz cálida del cuadro anterior, ahora el pintor opta por un tratamiento lumínico más frío y claro, aunque igualmente impactante. Por lo demás, este segundo ejemplo también revela el virtuosismo de Serra a la hora de reflejar tanto la vegetación como las rocas en el agua.

Ninguna de estas dos obras está fechada, pero sin duda corresponden al último período del artista barcelonés y se enmarcan claramente dentro de la corriente simbolista, con la que entró en contacto en Roma. Este influjo determinó marcadas diferencias respecto a los paisajes más al uso entre los pintores españoles afincados en la capital italiana en el último cuarto del siglo XIX, aquéllos que, como dijimos, abrazaron postulados de modernidad, en medio de la libertad que en gran medida rodeaba su ejercicio profesional fuera de los círculos académicos y a menudo asfixiantes de las escuelas, en las que habían comenzado su formación en España, en lo referente a la frescura, la libertad y, en definitiva, el paulatino abrazo del realis-

mo. Sin embargo, estas obras aún manifestaban deudas y paralelismos con el costumbrismo de finales del siglo XIX o estaban claramente impregnadas por las ansias de rigorismo científico del paisaje realista.



Enrique Serra. Detalle de la firma del pintor en Paisaje de amanecer.

Frente a esto, los dos paisajes de Serra Auqué participan de una voluntad de modificar en parte la realidad para conseguir bien una ensoñación erudita, gracias a la incorporación en uno de los casos de la inscripción *Ar Impera*, bien una carga espiritual, mediante la presencia de la imagen de la Virgen y el Niño. Ambas obras plasman composiciones de fuerte carga poética, que consiguen impresionar al espectador, al que incitan a encontrar una interpretación y un significado a estos lienzos, más allá de la mera condición de paisajes de los mismos. En este sentido, hay que decir que la propia realidad física de las Lagunas Pontinas favorecía este tipo de tentativas y el deseo de fantasear. A ello hay que añadir la sensación de soledad que produce la ausencia de figuras humanas, el silencio y la quietud de un medio natural presidido por aguas estancas y una vegetación en calma o el propio carácter espectral de los parajes lacustres y, en parte, de la vegetación característica de los mismos. Además hay que tener en cuenta el efectismo y la singularidad del color, que en el caso de la escena de amanecer está potenciado por la intensidad de los toques lumínicos —especialmente en el caso de las flores que rodean la imagen de la Virgen y el Niño—, o la carga de los mensajes que se desprenden tanto de la inscripción existente en la primera de las obras comentadas como de la imagen de contenido religioso de la segunda.

Todo ello otorga gran interés a estas obras de Serra Auqué, hasta ahora inéditas, al tiempo que nos revela una parte de la sensibilidad artística y los gustos en materia pictórica de Faustino Jáuregui, ya que estos lienzos figuraban entre sus favoritos.